

ver á Pepino. Yo hubiera sabido el último precio.

—No faltaría más— respondió Maitland riendo—. Le advierto á usted que él no confiesa poseer esos dibujos. Forman parte de los objetos que ha sustraído cuidadosamente del inventario de sus acreedores, y depositado en varios sitios. Podemos esperar que durante diez años todos los *cockneys* de mi país sean engañados con esta frase fatídica: Esto proviene del palacio Castagna. Lo tengo por casualidad.—Y guiñó el ojo imitando á uno de los más célebres mercaderes de Roma, con ese in-



comparable don de imitación que distingue á todos los habituados á los estudios de Paris.—Por el momento—añadió—esos tres dibujos están en casa de un revendedor del Babuino y son auténticos.

—Salvo que se les dá por de Vinci—dijo Florent,— y Leonardo era zurdo y sus líneas están trazadas de izquierda á derecha.

—¿Y cree usted que Ardea no se explayará conmigo?—dijo la Condesa.

—Tampoco,—dijo el pintor.— Ha tenido el descaro, como yo los mencionase ante él, de pedirme las señas para ir á verlos.

—Pero entonces, ¿cómo sabe usted de dónde provienen?—preguntó la señora Steno.

—Dirijase usted á éste—dijo el pintor señalando á Florent con el pincel.— Cuando se trata de enriquecer la colección de su viejo Maitland, se hace más mercader que los mismos mercaderes. Vinci ó no Vinci, el estilo es el puro lombardo. Cómpreselas. Me faltan.

—Así se hará—respondió Florent.— Condesa... Condesita...

Y saludó á la señora Steno y á su hija. La madre le dirigió una amistosa sonrisa. No era de esas queridas para quienes los íntimos amigos de su amante son siempre enemigos. Ella les envolvía, al contrario, en la feliz simpatía que el amor despertaba en su alma. Y, por otra parte, era muy astuta para no comprender que Florent, por inverosímil que esta complacencia fuera, aprobaba su amor. En desquite, la intensa aversión que Alba sentía en aquel momento por las intrigas que en su madre sospechaba, fué reflejada en la sequedad con que inclinó la cabeza, cosa que el joven no pareció notar. Era muy feliz con haber comprendido que la disputa no había sido oída.

—De aquí á mañana—pensó, volviendo á bajar

la escalera,—nadie prevendrá á Lincoln. Esta compra de los dibujos es una idea genial para demos-



trar mi tranquilidad. Ahora es preciso encontrar dos testigos discretos.

Florent era un hombre reflexivo que conservaba su presencia de espíritu cuando no se trataba de su exaltada amistad por su cuñado. Tenía esa fuerza de observación habitual en las personas cuyo amor propio, fácilmente herido, ha tenido que guardarse mucho. Dejó, pues, para después aquella busca difícil, y fué á almorzar, como si nada hubiera sucedido, al restaurant donde era aguardado. Ciertamente su anfitrión, un diplomático francés instalado en Munich y de paso en Roma, no sospechaba, al responder á las preguntas de su invitado sobre los más recientes retratos de Lembach, que aquel joven tan tranquilo, tan sonriente, estuviese medido en un asunto tal vez mortal. Después del almuerzo y de haber mentalmente pasado revista á unos diez de sus conocidos, Florent resolvió intentar su primer paso cerca de Dorsenne. Se acordó del misterioso aviso que le había dado el novelista, cuya simpatía por Maitland había sido, además, demostrada públicamente en un elocuente artículo. Por otra parte, Florent le creía perdidamente enamorado de Alba Steno; lo que significaba una probabilidad más á favor de su discreción. Dorsenne no hablaría de un lance con motivo del cual, de ser sabido, el nombre de la Condesa se pronunciaría inevitablemente. Era muy claro que Gorcka y Chaprón no tenían razón alguna directa para disputar y para batirse. Todos estos motivos hicieron que á eso de las dos y media, es decir, tres horas después del altercado del vestíbulo, Florent llamase á la puerta del cuarto habitado por Julián. Este último estaba en su casa ocupado en las últimas correcciones de las pruebas de *Polvo de ideas*. La confidencia de Florent le agitó hasta el punto de que sus manos temblaban mientras arreglaba sus papeles esparci-

dos. Recordaba la presencia de Boleslas en aquel mismo canapé, á aquella misma hora dos días antes. Comprendía que el cuñado de Maitland le ocultaba algo de lo sucedido.

—¡Pero eso es absurdo!—exclamaba;—¡eso es la locura y el salvajismo! ¡Vamos! Usted no va á batirse por una disputa como la que me cuenta. Ustedes hablan en un rincón de la calle. Usted pronuncia algunas palabras un poco vivas, y después, en seguida, dos testigos, un duelo... ¡Vamos! ¡Eso es insensato!

—Olvida usted que he cometido la imperdonable falta de levantar mi bastón sobre él—interrumpió Florent;—y puesto que él desea una reparación, yo se la debo.

—¿Y cree usted—dijo el escritor—que la gente se contentará con esas razones? ¿Imagina usted que no se buscarán los móviles secretos de este duelo? ¿Es que hay alguna historia de mujer? Fíjese usted que no le interrogo. Yo me atengo á lo que usted me confía. Pero el mundo es el mundo, y usted no escapará á sus comentarios.

Precisamente por esto es por lo que le he pedido á usted una absoluta discreción—respondió Florent,—y por lo que he venido á suplicarle que me sirviera de testigo. No hay nadie en quien tenga tanta confianza como en usted. Esta es la sola excusa del paso que doy.

—Se lo agradezco á usted—dijo Dorsenne.

Dudó un momento. Después la imagen de Alba, que desde la víspera le perseguía, presentóse de repente á su imaginación. Recordó la sombría angustia que había sorprendido en los ojos de la joven, y el alivio que había demostrado cuando su madre sonrió á la vez á Gorka y á Maitland. Recordó tam-

bién las cartas anónimas y el odio misterioso que se cernía sobre la señora Steno.

Si la disputa entre Boleslas y Florent era conocida, contárase, sin duda alguna, por todas partes, que Florent se batía por su cuñado á causa de la Condesa, y era también indudable que el caso llegaría á oídos de la pobre Condesita.

Esto fué suficiente para que el escritor dijese:

—Bien; acepto. Le serviré á usted de testigo. No me lo agradezca usted. Perderíamos un tiempo precioso. Hace falta otro testigo. ¿En quién ha pensado usted?

—En nadie—respondió Florent.—Confieso que contaba con que usted me ayudase...

—Hagamos una lista—dijo Julián,—y elegiremos. Es el medio mejor.

Y Dorsenne escribió varios nombres.

Buscaron, pero después de un minucioso examen, todos fueron rechazados.

Así estaban sin saber cómo decidirse, cuando los ojos del novelista brillaron, y lanzando un grito, dijo bruscamente:

—¡Qué idea! ¿Conoce usted al Marqués de Montfanón?

—¿El manco?—respondió el otro.—Le he visto una vez con motivo de un monumento que he hecho elevar á San Luis de Francia.

—Me ha hablado de ello—dijo Dorsenne.—Para uno de los parientes de usted, ¿no es verdad?...

—¡Oh!... mi primo—respondió Florent.—Un capitán Chaprón, muerto el 49 en la trinchera ante Roma.

—Bien—dijo Dorsenne frotándose las manos.—Ese Montfanón sí que debe ser el otro testigo. En primer lugar es un antiguo duelista, mientras yo no

he ido nunca al terreno. Esto es muy importante. Usted conoce la célebre frase: "No son las espadas ni las pistolas las que matan, sino los testigos...". Y después, si hay manera de arreglar el asunto, él tendrá más prestigio que yo.

—Eso es imposible—dijo Chaprón—¡El Marqués de Montfanón! No querrá... Para él no existo yo.

—Eso es cosa mía... Déjeme usted que dé este paso en nombre propio, y después, si él consiente, usted lo hará en el suyo. No tenemos tiempo que perder. No se mueva usted de su casa hasta las seis. De aquí á entonces yo sabré á qué atenerme.

La confianza que el escritor había demostrado en el primer momento respecto al éxito de aquella extraña tentativa cerca de su viejo amigo, cambiöse en una aprensión del todo contraria cuando media hora después se encontró ante la casa que el marqués Claudio Francisco ocupaba en uno de los sitios más venerables de Roma, sobre el mismo Capitolio, en el ángulo que domina la calle de la Consolación, con un mirador desde el que se descubría toda la admirable vista del antiguo Foro.

¡Cuántas veces había ido allí Julián desde hacía seis meses, cerca de aquel desengañado de la vida, que sumergía, que ahogaba sin cesar sus melancolías en el profundo sentimiento del pasado, para contemplar el panorama trágico y espléndido de aquel horizonte de historia!

Y á la voz del solitario las columnas rotas se enderezaban, los templos arruinados se reconstituían, la vía triunfal se limpiaba de césped.

Hablaba, y la formidable epopeya de la leyenda romana se evocaba, interpretada por aquel ferviente cristiano con ese sentimiento místico y providencial que aquella plaza proclama en efecto, aquella

plaza donde la prisión Mamertina recuerda el proceso de San Pedro, donde el pórtico del templo de Faustino sirve de frontis á la iglesia de San Lorenzo en Miranda, donde Santa María Liberatrice se eleva en el sitio del templo de Vesta.

—*Sancta Maria, libera nos a pœnis inferni*—añadía siempre Montfanón cuando hablaba de ello, y mostraba el arco de Tito, que recuerda el cumplimiento de las profecías de Nuestro Señor contra Jerusalén, como la basilica de Constantino proclama el triunfo de la Cruz, mientras que enfrente los bosques del Palatino dejan aparecer la silueta de un convento de mujeres por encima de las ruinas de las habitaciones de los Cézares perseguidores. Y allá abajo se dibuja el Coliseo, recordando los noventa mil espectadores llegados para ver sufrir á los mártires.

Tales eran las visiones en medio de las que vivía el antiguo zuavo pontificio, y mientras oprimía el timbre de la puerta del tercer piso, Julián se decía:

—Soy un loco al venir á proponer á este hombre lo que vengo á proponerle. Sin embargo, no se trata de ser testigo de un duelo ordinario, sino de detener una aventura que puede costar la vida á dos hombres, el honor á la señora Steno y el reposo á tres inocentes: á la señora Gorka, á la de Maitland y á mi amiga Alba. Nadie tiene más autoridad que él para arreglarlo todo. Es un acto de caridad como otro cualquiera. Con tal que esté solo en su casa —concluyó, oyendo el ruido de los pasos del criado que, reconociendo al visitante, dijo antes que éste le preguntase:

—El señor Marqués ha salido esta mañana antes de las ocho. No volverá hasta la hora de comer.

—¿Y no sabe usted dónde ha ido?

—A oír misa en una catacumba y á asistir á una procesión— respondió el criado, que tomó la tarjeta de Dorsenne, añadiendo: —Los trapenses de San Calixto saben seguramente dónde está el señor Marqués. Ha almorzado con ellos.

—Veamos,— dijo el joven algo desanimado.

Su carruaje comenzó de nuevo á rodar en dirección á la puerta de San Sebastián, cerca de la que se encuentra la catacumba y la pobre granja cercana, último vestigio del dominio papal conservado por los monjes.

—Montfanón habrá comulgado esta mañana— pensó,—y en cuanto sepa que se trata de un duelo no querrá oír nada. Es preciso, no obstante, que este asunto se arregle. Es preciso. ¿Qué no daría yo por saber la verdad de la escena entre Gorka y Florent? ¿Por qué extraña y diabólica carambola el palatino ha ido á chocar con este último, teniendo allí á su cuñado? Va á ponerse furioso cuando sepa que yo soy el testigo de su adversario. ¡Bah! Después de la conversación del otro día estamos incomodados... Bien; héme aquí ya en esta iglesia de *Domine, quò vadis?* * Yo me podría preguntar también: *Juliane, quò vadis?* Pues á ejecutar una acción algo mejor que la mayor parte de las mías,—se respondió.

Aquel espíritu ligero que vibraba al menor contacto acaba de sentirse conmovido, como le sucedía siempre, por el recuerdo de una de las innumerables leyendas religiosas que diecinueve siglos de catolicismo han coronado de imperecederas rosas en todos los rincones de Roma y de su campiña.

Era la tierna historia de San Pedro huyendo

* Señor, ¿dónde vais?

de la persecución, y encontrando á nuestro Señor.

—Señor, ¿dónde vais? — preguntó el apóstol.

—A hacerme crucificar otra vez — le respondió el Salvador.

Y Pedro tuvo vergüenza de su flaqueza y volvió al martirio.

Montfanón había contado este episodio sublime al novelista, que se perdió de nuevo en reflexiones sobre el carácter del Marqués y sobre el mejor medio de abordarle.

Olvidóse de mirar la vasta soledad de la extensión romana, ya desenvuelta ante sus ojos, y casi estuvo á punto, tan profundo era su sueño, de pasar adelante sin recordar el objeto de su expedición.

Un nuevo contratiempo le esperaba en aquella primera etapa de su viaje de exploración.

El monje que vino á abrir la puerta del cercado contiguo á San Calixto le manifestó que la persona á quien buscaba había partido una media hora antes.



—Le encontrará usted en la basílica de San Nereo y San Aquiles—añadió el trapense;—es la fiesta de los dos santos, y á las cinco hay una procesión en su catacumba. Está á un cuarto de hora de aquí, cerca de la torre Marância, en la vía Ardeatina.

—¿Me engañaré por tercera vez?—pensó Dorsenne al bajar del carruaje y ganando á pie, por entre el césped ya abrasado, la abertura por donde se llega á aquella necrópolis subterránea, dedicada á los dos santos que fueron los guardianes de Domitila, la sobrina del Emperador Vespasiano.

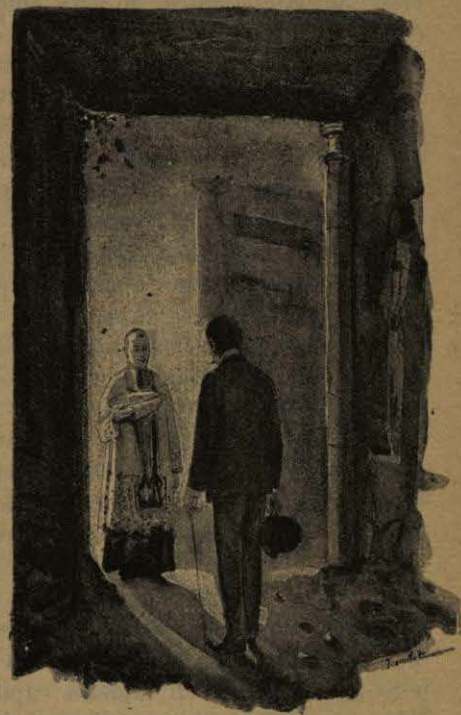
Algunas ruinas y una pobre casa indican el sitio donde se levantaba la opulenta villa de aquella piadosa Princesa.

La reja estaba abierta, y no hallando á nadie que le pudiera hacer la menor indicación, el joven dió algunos pasos por el subterráneo. Notó que la larga galería estaba iluminada, y observó la línea de bujías que, encendidas de diez en diez pasos, indicaba seguramente el camino que seguiría la procesión y que conducía á la basílica central. Aunque su ansiedad por el resultado de su paso fuese extrema, no pudo impedir su emoción ante la majestad del espectáculo que presentaba la catacumba así iluminada. Los desiguales nichos reservados á los muertos que dormían en la paz del Señor desde tantos siglos agujereaban las paredes de las galerías, dando á éstas un aspecto solemne y trágico. Veíanse algunas inscripciones trazadas sobre la piedra, y todas hablaban de la gran esperanza que animaba á los primeros cristianos, como anima á los creyentes de nuestros días. Julián sabía lo bastante de simbolismo para comprender la significación de las imágenes, tras las que los perseguidos

de la primitiva Iglesia ocultaban su fe... ¡Son tan conmovedoras y tan sencillas! El ancla que representa la salvación en la borrasca, la dulce paloma y la inocente oveja, representación del alma que

vuela y busca á su pastor, el fénix cuyas alas anuncian la resurrección, el pan y el vino, el ramo de oliva, la palma. Lo que acababa de llenar de un encanto casi fantástico aquel silencioso cementerio de mártires, era el vago aroma de incienso que Dorsenne respiraba desde su entrada. La

misa mayor celebrada por la mañana había dejado para todo el día ese perfume sagrado como esparcido en torno de aquellos esqueletos que animaron en otra ocasión cuerpos vivos que se habían arrodillado entre el mismo sagrado aroma. El contraste entre aquel sitio



donde todo hablaba de cosas eternas, y el drama de pasión mundana y culpable de que aquel paso era un episodio, era tan grande, que el escritor se sintió conmovido. Por un instante se hizo á sí mismo el efecto de un profanador, aunque obedeciese al más generoso y más humano móvil. Así es que experimentó una sensación de alivio cuando al doblar una de las galerías que él había tomado, entre otras muchas, se encontró frente á frente con un sacerdote que llevaba en la mano una canastilla llena de pétalos de flores destinados sin duda á la procesión. Preguntóle en italiano el camino de la basílica, y como el otro le respondiese en el francés más puro,

—¿Conoce usted tal vez al Marqués de Montfanón, padre mío?—preguntó.

—Soy uno de los capellanes de San Luis—dijo el sacerdote sonriendo, y añadió:—Le encontrará usted en la misma basílica.

—Vamos; es llegado el momento—pensó Dorsenne.—Procedamos con tacto. Después de todo, voy á pedirle que ejecute un acto de caridad. Héme aquí. Reconozco la escalera y la gran abertura de encima.

Un pedazo de cielo aparecía, en efecto, del que caía una luz de lo alto que permitió al escritor distinguir á aquel á quien buscaba entre algunas personas reunidas en aquella capilla ruinoso, la más venerable por su antigüedad de todas las que rodean á Roma. Montfanón, fácil de conocer por la manga vacía de su levita negra replegada sobre el muñón mutilado de su brazo, estaba sentado en una silla no muy lejos del altar, donde brillaban grandes cirios. Algunos sacerdotes y monjes disponían las cestas llenas de pétalos, semejantes á

las del capellán que hacía un instante encontró Dorsenne. Un grupo de tres curiosos comentaba á media voz las pinturas, apenas visibles, del estuco descolorido de la bóveda. Montfanón estaba absorto por completo en la lectura del libro que sostenía con su única mano. Sus facciones, ennoblecidas y como desfiguradas por el ardor de la devoción, tenían una expresión admirable del viejo soldado de Cristo. *Bonus miles Christi*, se ha escrito sobre la tumba del jefe tras el que se había hecho herir en Patay. Parecía un guardián laico de la tumba de los mártires, capaz de confesar su fe como ellos, aunque le costase la vida. Julián se acercó á él, y tocándole suavemente en la espalda, vió que en sus ojos de azul claro, de ordinario tan alegres y alguna vez tan coléricos, brillaba la humedad de las no secadas lágrimas. Su voz también, aquella voz mordante, estaba como dulcificada por la emoción de los pensamientos que la lectura, el lugar, la hora, el empleo del día habían despertado en él.

—¡Ah! ¿Es usted?—dijo á su joven amigo sin mostrar asombro.—¿Ha venido usted á la procesión. Está bien. Oirá usted cantar bellas estrofas. *Hi sunt quos fatuê, mundus abhorruit.*

Pronunció *ou* por *u* á la italiana, pues su educación litúrgica se había hecho en Roma.

—La estación—añadió—es buena para estas ceremonias. Los *touristas* han marchado. No habrá más que gentes que recen ó que sientan como usted... Y sentir es la mitad de la plegaria. La otra mitad es creer... Usted acabará con nosotros, se lo he predicho. No hay paz como ésta.

—Mucho me alegraría haber venido á causa de la procesión—respondió Dorsenne;—pero mi visita

tiene otro motivo, querido amigo—dijo con un tono más bajo aún.—Hace más de una hora que le busco á usted para que me ayude á prestar un inmenso servicio á varias personas, y para impedir tal vez una gran desgracia.

—¡Una gran desgracia!—replicó Montfanón.—¿Y puedo yo ayudarle á impedirlo?

—Sí—respondió Dorsenne;—pero no es este lugar á propósito para explicarle al detalle esa larga y terrible aventura. ¿A qué hora es la ceremonia? Le esperaré á usted y hablaremos por el camino. Tengo un coche.

—Es que la ceremonia no empieza hasta las cinco ó cinco y media—dijo Montfanón mirando su reloj—y son las cuatro y cuarto. Salgamos de la catacumba, y me contará usted su historia arriba... ¡Una gran desgracia!... Pues bien—añadió apretando la mano del joven, al que quería tanto como odiaba sus ideas desde que años antes se habían encontrado en casa de su común amigo el conde de Gobinau, el apóstol de la teoría de las razas;—esté usted seguro, niño; ¡se impedirá!

En la manera como pronunció estas palabras había la hermosa tranquilidad de una conciencia que no conocía la inquietud, la de un creyente que está seguro de hacer todo lo que pueda y lo que deba. Hubiera dejado de ser quien era, es decir, una especie de visionario al que gustaba discutir con Dorsenne, porque se sentía comprendido, á pesar de todo, si no hubiera continuado, como lo hizo, mientras subían á la luz del día á lo largo de las galerías iluminadas:

—Es igual, señor apologista del mundo moderno; estoy contento de tenerle á usted aquí, y preguntarle francamente: ¿no se siente usted más con-

temporáneo de todos los muertos que duermen en esos muros, que de un elector radical ó un diputado francmasón? ¿No experimenta usted la impresión de que si estos mártires no hubieran venido á rezar bajo estas bóvedas, hace mil ochocientos años, lo mejor del alma de usted no existiría? ¿Dónde encontrará usted una poesía más tierna que la de estos símbolos y epitafios? Ese admirable De Rossi me ha mostrado una de San Calixto el año último. Las lágrimas acuden á mis ojos cuando pienso en ella. *Pete pro Phæbe et pro virginio ejus*. Ruega por Phæbe y por... Mas, ¿cómo traducir esa palabra, ese *virginus*, el esposo que no ha conocido más que una mujer, el hombre virgen que ha poseído á su esposa virgen? La juventud de usted pasará, Dorsenne. Algún día sentirá usted lo que yo siento, la falta de dicha, á causa de antiguas impurezas, y comprenderá usted que no estaba más que en el matrimonio cristiano, del que esta plegaria tiene toda la sublimidad. *Pro virginio ejus*. Le pasará á usted lo que á mí, y encontrará usted en este libro—y mostró el Eucologio que tenía en la mano—el modo de ofrecer á Dios sus remordimientos y sus penas. ¿Conoce usted el himno al Santo Sacramento, *Adoro te, devote?* No. Y no obstante, es usted digno de sentir lo que hay en esas estrofas. Escuche usted ésta. Nada más que la expresión entusiasmará al artista. Se trata de esta idea: que sobre la cruz no se veía más que al hombre y no el Dios; que en la hostia no se ve al hombre, y, sin embargo, se cree en su presencia real:

*In cruce latebat sola Deitas.
Ab hic latet simul et humanitas,
Ambo tamen credens atque confitens...*

Y ahora este último verso:

Peto quod petivit, latro panitens (1).

“¡Qué grito! ¡Ah, qué hermoso es esto! ¡Qué frase para decir en la agonía!... Y repitió: *Peto quod petivit, latro panitens*. ¡Y qué pedía aquel pobre ladrón, aquel Dimas del que la Iglesia ha hecho un santo por esta sola petición: “¡Acordaos de mí, Señor, en vuestro reino!”—Pero ya hemos llegado. Baje usted la cabeza para no estropear el sombrero. Ahora dígame usted en qué puedo servirle. Usted conoce la divisa de los Montfanón: *Excelsior et firmior*. Siempre más alto y más firme. La ocasión de practicar buenas acciones suele no presentarse con frecuencia. Si ahora es posible... ¡presente!, como decimos nosotros á su llamamiento.

Esta singular mezcla de fervor y de buen humor, de elocuencia exaltada y de fanatismo político ó religioso, era Montfanón entero. Pero la expresión de buen humor desapareció pronto de su rostro, á la vez altivo y sencillo, á medida que Dorsenne le fué explicando el caso con habilidad suma, y sin cometer la falta de formular en seguida su proposición. Comprendía el escritor que no había ocasión de discutir aquélla con el anciano zuavo pontificio. O bien este último la juzgaría monstruosa y absurda, ó bien vería en ella un deber de caridad que cumplir, y en este caso, por mucho que le disgustase, aceptaría, como hacía una limosna. Esta cuerda de su generosidad fué la que Julián, diplomático por primera vez en su vida, procuró tocar con su confianza. Contó lo que podía contar de la visita de Gorka, callando lo que se refería á aquella palabra de

(1) Pido lo que ha pedido el ladrón arrepentido.

honor falsamente dada y que le agobiaba siempre con peso mortal. Dijo cómo había calmado al furioso, cómo le había conducido á la estación; refirió después el encuentro de los dos rivales veinticuatro horas más tarde, insistiendo sobre la actitud de Alba aquella noche y sobre lo infame de las cartas anónimas escritas con un odio inaudito á la hija del antiguo amante de la señora Steno. Y después de referir la misteriosa disputa sobrevenida entre Gorka y Chaprón, concluyó así:

—He aceptado el cargo de testigo de Chaprón porque creo un deber ensayar todos los medios posibles para que no se efectúe ese duelo... Piense usted en lo que sucedería si se efectuase y uno de los dos cayera herido ó muerto; ¿cómo ocultar el caso en esta ciudad murmuradora? ¡Y qué comentarios! Es demasiado evidente que estos dos hombres han reñido á causa de la historia de la señora Steno y Maitland. ¿Por qué cambio imprevisto? No lo sé. Pero la opinión no tendrá duda alguna. Y de aquí nuevas cartas anónimas á Alba, á la señora Gorka y á la de Maitland. Los hombres me importan poco. De tres, dos merecen todo lo malo que les sucede. Pero ¿y esas inocentes criaturas? ¿No es terrible?

—Terrible, en efecto—respondió Montfanón.—He aquí las consecuencias del adulterio. Hay muchas personas á las que alcanzan fuera de los culpables. ¿No lo ve usted, que encontraba anteayer esta sociedad tan fina, tan interesante? Mas para nada sirven las recriminaciones. Usted ha venido á pedirme consejo sobre su papel de testigo. Mis locuras juveniles tendrán de bueno el que me servirán para dirigirle á usted. La concisión en los menores detalles y nada de nervios, esto es todo cuando se pretende arreglar un asunto de esta clase... Trabajo

le costará á usted. Gorka en este momento es un loco. Conozco á los poloneses; tienen terribles defectos, pero son valientes. ¡Sí lo son! Y á ese Chaprón le conozco también. Es de esas naturalezas tercas que se hacen agujerear el pecho sin decir ¡oh! antes de retroceder. ¡Y con un amor propio! ¡A pesar de ser mestizo tiene sangre de soldado en las venas! Dígame usted, ¿qué héroe mayor que el primero de los tres Dumas, el general mestizo? Sí... Usted tiene una buena carga con este asunto, Dorsenne. Le hará á usted falta otro testigo que tenga las mismas intenciones que usted, y perdóneme... tal vez más experiencia.

—Pues bien, Marqués—respondió Julián, cuya voz temblaba de ansiedad,—no hay más que una persona en Roma que sea lo bastante respetada, lo bastante venerada de todos, incluso de Gorka, para que su intervención en este peligroso y delicado negocio sea decisiva, nada más que una persona que pueda dictar sus excusas á Chaprón ú obtenerlas del otro. En fin, no hay más que una persona que tenga la autoridad de un héroe, ante quien se debe callar cuando hable de honor, y esta persona es usted.

—¡Yo!—exclamó Montfanón.—¿Quiere usted que yo sea?...

—Uno de los testigos de Chaprón—interrumpió Dorsenne.—Vengo de su parte con este objeto. No me diga usted lo que ya sé: que su situación no se aviene á semejantes pasos. Precisamente por esta situación he venido á usted. No me diga tampoco que sus principios religiosos son contrarios al debido. Porque no le haya es precisamente por lo que yo deseo que usted acepte. Es preciso que no se lleve á cabo. Va en ello la paz de muchos inocentes.

Y continuó desplegando al servicio del decisivo llamamiento que en aquel momento intentaba todo el poder de su inteligencia y toda la elocuencia de que era capaz.

Podía observar en el rostro del antiguo quimista, convertido en el más apasionado de los católicos y en el más maniaco de los viejos, veinte impresiones distintas y contradictorias. Al fin, Montfanón posó su mano con verdadera solemnidad sobre el brazo de su interlocutor, que apretó fuertemente, y le dijo:

—Escuche usted, Dorsenne, y no me cuente más. Consiento en lo que usted me pide, pero con dos condiciones. La primera es que el Sr. Chaprón se sujetará de una manera absoluta á mi decisión, cualquiera que esta sea. La segunda es que usted se retirará conmigo si esos señores quieren hacer los calaveras. Acepto el ayudarle á usted á cumplir una misión de caridad, y no otra cosa, se lo repito á usted, no otra cosa. Antes de que el Sr. Chaprón vaya á mi casa usted le repetirá textualmente mis palabras.

—Textualmente—respondió el escritor.—Espera en su casa el resultado de mi conferencia con usted.

—Entonces—dijo el Marqués—vuelvo á Roma en seguida. El ha debido recibir ya los testigos de Gorka; y si verdaderamente se quiere arreglar el asunto, lo urgente es no dilatarlo, aunque sólo sea para cortar las crisis de amor propio, que pueden producir malas consecuencias. Faltaré á la procepción; pero impedir el mal es hacer el bien; una manera de rezar á Dios.

—Déjeme usted apretarle la mano—dijo Dorsenne;—nunca como ahora he comprendido lo que es un gran hombre.